

Dos clases particulares caracterizaron la Fronda, las mujeres y las personas de talento. Habíase aumentado la importancia de estas últimas desde los tiempos de la Liga, en que los escritos y los epigramas habían ejercido tanto influjo. Pero en lugar de lo grande y sólido que había en el fondo de las producciones de aquel tiempo, las de entonces no se hacían notar sino por su talento y vivacidad de imaginación. Así como los caballeros confiaban el cuidado de su causa á la fuerza de su brazo, los literatos que no habían adoptado la librea real esgrimían los folletos y pasquines. Buscados para justificar y hacer triunfar al partido de la Fronda, se encontraban admitidos entre los hidalgos, cuyos modales imitaban y cuyos sentimientos adoptaban. De esta manera se estableció una nobleza de la pluma á la par de la de espada y toga. La prensa aumentaba los aplausos y las quejas en las que estallaba una estremada violencia. Los parlamentos y la corte pensaban, deliberando, en lo que diría el *Mercurio* y la *Gaceta de Francia* de Renaudot, aunque la regencia y el parlamento, que tenían á la prensa bajo su vigilancia, conociendo el poder de los folletos, los reprimiesen con rigurosos ejemplos. El príncipe de Conti, hermano del gran Condé, «cero que tenía únicamente valor por ser príncipe de la sangre,» y la duquesa de Longueville, bajo la inspiración de la Rochefoucauld, su amante, se hicieron los jefes aparentes de la Fronda. Sobre las rodillas de esta duquesa se decidían las batallas, y también se vió poco después á la señorita de Montpensier á la cabeza de un ejército acompañada de dos mariscales de campo. Chistosas palabras señalaban cada acontecimiento de aquella parodia de la Liga. Al duque de Beaufort, que había llegado á ser el ídolo del pueblo, se le llamaba *rey de los mercados*. Designábase con el nombre de regimiento de Corinto al del coadjutor, arzobispo tutor de Corinto; y la primera derrota que este cuerpo sufrió se la llamó *Primera de los corintios*. Cuando se confirieron todos los poderes del rey al duque de Orleans, Catinat dijo: *Que no se olvide el de curar las escrófulas*. Cuando la duquesa de Montpensier hizo disparar la artillería contra la tropa realista, Mazarino exclamó: *Acaba de dar muerte á su marido*; alusión á la esperanza que había concebido de contraer una alianza real, tal vez con Luis XIV.

Esta manía de epigramas y esta necesidad de decir algún chiste gracioso sobre todo lo que sucedía, desfiguró á veces los hechos, é hizo aparecer la Fronda mucho menos seria de lo que era en realidad (8). Por lo demás, lo absurdo de un derecho público que confiaba los destinos del reino á una mujer austriaca y á un sacerdote italiano jus-

(8) Capéfigue se pronuncia contra la costumbre de tratar á la Fronda como una chanza. Pretende que haya sido la consecuencia de ideas graves, á pesar de las lige-

tificaba la oposición. Además, en una capital como París, que contenía trescientos cincuenta mil habitantes repartidos en barrios, cada uno con sus jefes, sus guardias vecinales y su caja, divididos en gremios, con una organización diferente y con síndicos, bandera, santo, y á su cabeza el preboste de los mercaderes y los regidores, no podía dejar de ser seria una idea que penetraba en la masa del pueblo. Pero faltaba unidad en aquella insurrección, y los franceses alegres y ligeros, no sabían dirigir una revolución como los ingleses. Titulábase el parlamento pomposamente, senado romano representante de la nación, como si hubiera podido disponer de la corona y juzgar á los ministros. Pero aunque es cierto que este aumento de autoridad había llegado á ser popular, su poder no se apoyaba ni en las antiguas instituciones de la monarquía, ni en los ejemplos anteriores. Molé, que había protegido las franquicias contra la corte, se asustó cuando las vió sostenidas por la rebelión, y no pensó ya más que en reprimirla con ayuda de la autoridad que le confería su resistencia á los abusos. La clase media alentaba, según su costumbre, los primeros movimientos de las masas; pero pronto acobardada, se apresuraba á enfrenar al pueblo, al que había incitado con sus quejas.

El parlamento trató con la España, que creyó favorable el momento para intentar una invasión: este cuerpo fué en su consecuencia declarado rey de lesa majestad, y Luis de Condé fué á bloquear á París para concluir el juego. Sintieron los parisenses ver una guerra de sátiras tomar un aspecto serio, resultando de esto la unión de los frondistas y realistas. Mazarino hizo volver á la capital al rey y á la reina madre, manifestando disposiciones conciliadoras; pero todos conocieron que la paz no era más que momentánea.

Luis de Condé, apellidado el *Grande*, se había señalado siendo muy joven en la victoria de Rocroy sobre los españoles, y en los sitios de Thionville, Friburgo y Dunkerque. Llamado por la corte, había acudido á su ayuda; pero no se encontraba satisfecho en su gran ambición. De edad entonces de veinte y ocho años, teniendo afición á las mujeres aunque sin amarlas, daba la norma á los elegantes de París, que con el nombre de *petimetres*, afectaban la licencia, el desprecio á los arrumacos, entonces en moda (9), y hacían la oposición á los frondistas; lo cual producía todos los días riñas y duelos. Fomentaron la aversión que

rezas del cardenal de Retz. Bazin crítica á este prelado ensalzando mucho á Mazarino, por haber sostenido con la reina (sin embargo eran dos extranjeros) los verdaderos intereses de la Francia.

(9) Una dama se quejaba de ellos en estos términos: «Habían adoptado un aire tan burlesco, decían cosas que ofendían tanto... manifestaban un fastidio tan desdenoso, que nadie podía sufrirlos... creían que era una ridiculez dejar conocer algún cariño. *Mem. de la duquesa de Nemours.*»

alimentaba contra el ministro salvado por él, y le hicieron declararse su enemigo; pero Mazarino le persuadió que los frondistas habían querido asesinarle disparando á su carruaje; lo cual hizo que Condé rompiera toda inteligencia con la Fronda. Mazarino se unió, por el contrario, á ella, conociendo por la corte, asustada con los sangrientos ejemplos de la regicida Inglaterra, la necesidad de conciliarse este partido. El coadjutor, que lo conoció, aumentó las fuerzas de su partido para hacerlo importante, y de esta manera obtuvo la promesa de un capelo de cardenal. Entonces Mazarino hizo poner presos á los príncipes de Condé y de Conti, como también al duque de Longueville (1650), su cuñado, con aplauso de aquel pueblo que en otro tiempo se había sublevado por el arresto de dos magistrados.

Al momento los frondistas acudieron á la corte, y los opositores fueron dispersados. Pero madama de Longueville y el duque de Orleans pusieron á las masas en movimiento con ayuda del oro español para libertar á los príncipes. Habiendo fracasado estos medios, se formó una *nueva Fronda* bajo los auspicios de Ana de Gonzaga, princesa palatina. Siempre engañado el coadjutor en su esperanza de verse revestido con la púrpura, entabló negociaciones entre la antigua y la nueva Fronda, y el parlamento pidió con energía la libertad de los príncipes.

En efecto, salió Condé de su prisión (1651) en medio de aplausos tan grandes como en la época de su arresto. Blanco Mazarino del odio nacional y perseguido por las sentencias del parlamento, se retiró á Colonia, desde donde escribió al rey para justificarse y quejarse de que no «le quedaba un asilo en el reino cuya extensión había aumentado por todas sus fronteras.» Desde allí vigiló lo que pasaba, y dirigió á la regente. Vió indisponerse las dos Frondas, y á Retz y á Condé desunidos por una ambición igual. El primero estuvo espuesto á ser asesinado en pleno parlamento; enorgullecido el segundo con sus victorias, persuadido de que los soldados eran el pueblo, á quien tendría siempre como á ellos á su devoción, se desengañó con el desgraciado ensayo que hizo; é incomodado después por los frondistas, se alejó de París para sublevar el país; y convirtiéndose en traidor á la patria que había salvado, llamó á los españoles.

Luis XIV marchó contra aquel gran general, que se manifestó siempre mal político; y Mazarino, que había reunido ocho mil hombres á sus espensas, volvió como salvador de la nación. Fué acogido con los brazos abiertos por el rey y la reina, aunque el parlamento renovase sus anatemas contra él, y prometió 150,000 libras al que presentase su cabeza. El vizconde de Turenna, mariscal de treinta y dos años, que después de haberse pasado al campo español, había vuelto á entrar á su deber, fué elegido para ponerse al frente de las tropas reales (1652), y Condé se había obligado á cederle la victoria de Bleneau. Al mismo tiempo

que el duque de Lorena era pagado por los frondistas para inquietar á la Francia, Mazarino le pagaba también porque se retirase con su sanguinario bando (1662), que sostenía hacia quince años con ayuda del saqueo y las matanzas (10). Todo eran bajezas é intriga en tono heroico. Así era que la atención se deleitaba en fijarse en las nobles figuras de Molé, Bailleul y Jacobo Amelot.

A la cabeza Turenna de los realistas, y Condé de los frondistas, fueron á sitiar á París, y dieron en presencia del rey y los habitantes de la capital una batalla en la que los combatientes eran poco numerosos, pero donde los dos generales desplegaron gran habilidad. Condé estaba perdido si París, ó más bien la señorita de Orleans, que quería unirse á él, no le hubiese abierto las puertas haciendo disparar contra las tropas realistas el cañón de la Bastilla. Entregóse entonces París á una agitación estremada. Ascendido á cardenal de Retz el coadjutor, se atrincheró en el palacio arzobispal. La sangre corrió en diferentes puntos, y hasta feroces frondistas fueron asesinados como mazarinos. Aspirando los príncipes tal vez á la corona, se aprovecharon del terror esparcido por la ciudad para conseguir sus fines: el duque de Orleans se hizo proclamar teniente general del reino, y Condé generalísimo, mientras que los españoles y el duque de Lorena se adelantaban para unirse á ellos.

El parlamento, que reducido á un pequeño número de miembros, pero presididos por Molé, se había trasladado á Pontoise, pensaba en encontrar algún remedio al mal, cuando los mismos parisenses, cansados de tantas oscilaciones, prestaron oídos á los que en pequeño número habían conservado su buen sentido, y veían la miseria pública no aprovechar más que á algunos ambiciosos. Se envió á rogar al rey volviese á llamar á Mazarino, que había juzgado á propósito retirarse de nuevo. Condé, que nacido para servir, mal ciudadano y mal amigo, de mala conducta y sin dignidad, no era grande más que en el campo de batalla, entregó á los españoles su valor siempre personal, y el parlamento pronunció contra él la sentencia de muerte. El duque de Orleans fué desterrado á Blois, y la señorita al campo. El cardenal de Retz, artífice de todas las turbulencias, anduvo de prisión en prisión, después de haber engañado á todos los partidos. Cuando, en fin, obtuvo su libertad, no pudo, aunque apoyado en los jesuitas, ser puesto

(10) Valentino Conrart, escritor digno de fe, refiere que el duque de Lorena, á quien se le preguntaba cómo había sostenido su gente por espacio de quince años que le había faltado el pan, contestó con la mayor naturalidad que después de haberse comido cuantos perros tenían y los caballos que morían, se habían comido diez mil hombres; que un día cogieron dos monjas y se las engulleron también; y que teniendo que amputar un brazo á un oficial, el cirujano se lo cortó hasta el omoplato para tener un pedazo mayor de carne. ¿Se debe creer esto?



en posesión del arzobispado de París, y se decidió á renunciarlo. Prudente con la edad, murió en París. Lejos están sus *Memorias* de hacerle estimar; pero tienen atractivo; por la inquieta actividad que parece ser la de un grande hombre rebajado por las circunstancias, la imprudente sencillez con que refiere lo que ha dicho y hecho, como si no creyese en la moralidad, y como si pensase que todo gran personaje habria hablado y obrado del mismo modo en su posición.

Mazarino volvió á entrar públicamente en París, donde fué proclamado restaurador de la paz por los que le habían acusado de ser su perturbador. Porque el pueblo había conocido que más valia la tiranía del ministro que la violenta libertad, y la gente sensata; que él era el único que no se había desmentido en aquella «farsa á mano armada» en que se habían comprometido tantos grandes caracteres. Con efecto, ¿quién había sostenido los verdaderos intereses de la Francia, contrariados tanto por el pueblo como por el parlamento, tanto por Condé como por Turena? No se haga caso de tantas anécdotas sospechosas (11), y se conocerá que Mazarino siguió osadamente el camino trazado por Richelieu, y supo en caso de necesidad sacrificarse.

En aquella guerra que duró cinco años, sin pasiones fuertes, prolongada únicamente por ambiciones incapaces, el movimiento fué grande, pero no fué dirigido contra el trono. Se quería derribar al ministro, pero se respetaba la corona. Se atacaba á todo sin destruir nada, cada uno permanecía en su puesto, ni herida ninguna vanidad, la sociedad, se recobró fácilmente del sacudimiento. Sin embargo, se había aprendido, mientras había durado la Fronda, á reirse de todo: las personas y las instituciones perdieron toda la consideración, y desde entonces no quedó más que el trono, que pareció más elevado porque nada le rodeaba. El espíritu de resistencia se estinguió en el pueblo, cuando el espíritu de despotismo se despertaba en el rey. La autoridad de Mazarino se encontró consolidada, y afectado Luis XIV con el espectáculo de una resistencia ilegal, se acostumbra á odiar la libertad (12).

Pero el trono conoció que estaba aislado, y que no podia apoyarse ni en la nobleza, ni en la magistratura, ni en el pueblo, todos igualmente ofendidos. En semejante posición, puede sostenerse

(11) Las *Mazarinadas* son colecciones de folletos y sátiras publicadas en pro y en contra de Mazarino, desde 1649, á 1652; la colección más completa tiene catorce tomos en 4.º

(12) Una dama ha hecho una observación que merece fijar la atención de los educadores: «He notado con frecuencia y admiración, que en sus juegos y diversiones aquel príncipe apenas se reía. Los que tenían el honor de acercarse á él decían, según me parece, que era el señor. La reina madre quería siempre que fuera obedecido, y parecía que deseaba poder respetarle tanto como le amaba.»

el trono momentáneamente, gracias á un impulso vigoroso como el de Luis XIV ó Napoleon; más debe necesariamente concluir por sucumbir.

La humillación del parlamento pareció el objeto supremo del nuevo rey, que le hizo registrar un decreto (1655), por el cual se le prohibió mezclarse en cosas del gobierno, de hacienda y de los ministros. Habiéndole dicho un día, que se había reunido para negar el registro á ciertos edictos bursátiles, entró en la gran cámara vestido de caza con espuelas y látigo en la mano (13), para hacerles oír palabras altaneras. En fin, prohibió al parlamento dirigirse manifestaciones ocho días antes del registro; hizo borrar todo lo que se había registrado en contra de la autoridad real en las turbulencias pasadas. El parlamento, que se había sustituido poco á poco al poder de la nobleza, perdió el derecho de dar su opinión. Cuando se trató de registrar en 1667 la ordenanza que sancionaba el despotismo, se prohibió toda discusión: el presidente Miron, jefe de los opositores, dice que así como se dirigen á Dios oraciones que á veces escucha, se debía poder usar del mismo privilegio con el rey; pero se le intimó guardara silencio. Entonces el parlamento quedó reducido á las funciones judiciales: Luis XIV trató de desacreditarlo aun en esta misión, dando ordenanzas más rigurosas que lo que permitía la civilización del pueblo.

El trono ganó en brillantez, pero perdió en fuerza cuando abatió aquel simulacro de los Estados Generales; la opinión le fué contraria y se dió principio á un vago sistema de censura malévolos y de peligrosas esperanzas. Las franquicias municipales habían sucumbido casi todas en las guerras civiles. Luis XIV estinguió todo lo que quedaba de libertades políticas y municipales, estableciendo los intendentes y haciendo venales y perpetuos los empleos de bailío. Las provincias perdieron toda su importancia, y sus parlamentos hicieron fuesen olvidados con su silencio.

Las inquietudes interiores no habían impedido á Mazarino seguir con sus miradas á las potencias vecinas. No hubo, pues, en la guerra de los Treinta Años, fomentada por Richelieu en favor de los protestantes, más que seguir las huellas de su predecesor, es decir, continuar las hostilidades militares y diplomáticas contra las dos ramas de la casa de Austria. Pero, deseoso de consolidar con la paz las adquisiciones que Richelieu había hecho con la guerra, tomó mucha parte en el tratado de Westfalia. La Francia brilló en él como conciliadora de los intereses europeos: estendió su territorio, estableció en Europa un nuevo sistema político, con arreglo á las modificaciones introducidas en la constitución germánica; y saliendo garante de la paz, se procuró medios y pretextos para mezclarse en los negocios de Alemania.

(13) «Paso más digno de un tártaro, que de un rey de Francia,» dice LEMONTEY.

Esto es con respecto á la rama austriaca en aquel país. Por lo que toca á la de España, los vínculos de parentesco no impidieron que la guerra se prolongase tanto en la frontera de los Países-Bajos y de los Pirineos como en Italia. La batalla de Rocroy (1643) señaló el principio del reinado de Luis XIV, destruyendo para siempre á aquella infantería española que había sido el temor de la Europa. La paz de Westfalia dejó á la Francia sola contra la España, que confiada en las turbulencias de la Fronda, se negaba á adherirse al tratado. Irritadas ambas por los medios desleales con que mutuamente habían tratado de perjudicarse favoreciendo á los rebeldes y á los descontentos, prosiguieron su lucha. Las tropas licenciadas en los países donde la paz se había restablecido, llegaron á aumentar las de España, que durante las turbulencias de la Fronda (1652) recobró á Dunkerque, plaza la más importante de Flandes, á Barcelona y á Casal de Montferrato, que había resistido á tres sitios (1629-30-40).

Cromwell, que después de haber hecho morir á Carlos I se declaró protector de Inglaterra, se pronunció primero en contra de los franceses, entre quienes Carlos II había encontrado asilo; pero no avergonzándose Mazarino de humillarse á tiempo (1655), consiguió cambiar sus intentos; obtuvo que los ingleses atacasen en América las colonias de España, á la que se le cerró el mar. Sitiada Dunkerque (1658), fué ganada después de la batalla de las Dunas, y devuelta á los ingleses. Prosiguiendo al mismo tiempo su victoria los franceses, se adelantaron hasta estar á la vista de Bruselas.

Estas victorias se debieron al mariscal de Turena, que arrepentido de los errores de la Fronda, tenía por contrario al príncipe de Condé, que mandaba á los extranjeros; de lo que resultó que tanto los triunfos de una como de otra parte, pudieron ser considerados por los franceses como una gloria nacional.

El mariscal de Turena y el príncipe de Condé, aun que con reducidos ejércitos, hicieron grandes cosas. Como habían tenido distinta escuela, diferían en la manera de conducir la guerra tanto como por su carácter; Condé era más atrevido, Turena más reflexivo; aquél hacia frente al peligro, éste lo evitaba; uno había nacido general y se dejaba llevar de sus propias inspiraciones, el otro llegó á serlo por medio de la reflexión y de la experiencia, y dió algun impulso al arte de la guerra por medio de una nueva disposición de las tropas, lo cual no hizo Condé, y sus planes de campaña, sus marchas y sus variadas batallas son la admiración de los estratégicos. Condé se encontraba designado para el primer lugar por su nacimiento, y aun más por la alianza que le hizo sobrino de Richelieu. Siendo aun muy jóven, se le puso, pues, al frente de los ejércitos, donde hizo acciones gloriosas aun antes de haber meditado sobre sus causas. Cuando después se unió la reflexión á la acción, se encontró en segunda línea en los ejércitos españoles, enton-

ces en decadencia. No pudo, pues, su escuela ser otra cosa que personal.

Turena se crió en los Países-Bajos aprendiendo en las laboriosas maniobras de una guerra sabia, bajo el mando de los príncipes de Nassau, sus tíos. Supo obedecer antes de mandar: respetando más que ningun otro general al hombre en el soldado; le evitaba los peligros en lo posible, y todo lo esperaba del soldado francés, condiciones esenciales para formar buenos ejércitos, como se esforzó en hacerlo. Enseñó á los extranjeros la cortesía en la guerra, corrigió la ligereza é impaciencia de los franceses, y les enseñó á soportar las fatigas sin murmurar; con lo cual destruyó la opinión común de que no eran capaces de defender una plaza; Condé, por el contrario, empleó los ejércitos tales como los había encontrado, y no tuvo ocasión de adquirir la paciencia y vigor de meditación que fueron tan grandes en Turena (14). Como tenía más bien genio que ciencia de la guerra, venció por inspiración más bien que por cálculo. Poco enonómico de la sangre de los soldados, decía con una ligereza inhumana, después de la batalla de Senef, que una noche de París repararía las pérdidas sufridas en aquel combate.

Turena pasa por el mayor capitán de aquel siglo, aunque haya sido vencido varias veces, y no haya ganado esas batallas que deciden de la suerte de una nación, ni hecho brillantes conquistas. Refiere sus propias hazañas con una admirable sencillez, sin disimular las faltas, sin aparentar vanidad por sus victorias. Anunció en una postdata aquella de que Ana de Austria le cumplimentó delante de toda la corte, diciéndole que había salvado al rey y al Estado. Después de la batalla de las Dunas escribía: «Los enemigos han llegado, han sido batidos: gloria á Dios. He apurado bastante esta jornada.» Sério, reflexivo, meditaba mucho tiempo; pero una vez tomada una decisión obraba con vigor. Condé, todo vivacidad, hacia frente personalmente al enemigo; dotado de una mirada comprensiva, improvisaba sus convicciones en medio de la pelea. Conoció que la fuerza de un general no consiste en tener muchos batallones, sino en dirigir á un solo punto fuerzas considerables, para decidir el éxito de la batalla. Así fué, que mereció ser estudiado particularmente por Napoleon, que le imitó, sobre todo en la guerra de Italia. Condé se hizo más prudente con la edad. Turena más osado. Se decía que para aprender se debía ver á Condé al final de una batalla y á Turena al de la campaña.

El espiritual San Evremond, oficial general, expresa su opinión sobre estos dos ilustres émulos, en estos términos: «Encontrareis, dice, en el príncipe, la fuerza del genio, la grandeza del valor, un talento vivo y siempre en actividad. Turena tiene

(14) CARRION DE NISAS, *Ensayo sobre la historia general del arte militar.*



la ventaja de la impasibilidad, gran capacidad, mucha experiencia y un valor á toda prueba. La actividad del primero fué superior á las cosas necesarias, para no olvidar nada que pueda ser útil; el otro, haciendo lo que debe hacerse, no hace *nada superfluo*: el príncipe, orgulloso en el mando, es tan temido como estimado; más indulgente que Turena, es menos obedecido por su autoridad que por la *veneracion que se le profesa*; el príncipe, más afable con quien le agrada, menos con quien le disgusta, es también más severo cuando se ha faltado, pero más compasivo cuando se ha obrado bien. Turena, hombre de más moderacion, escusa las faltas con el nombre de desgracias, y reduce con frecuencia el mayor mérito á la simple alabanza de *haber cumplido bien con su obligacion*. El príncipe se anima con ardor para las grandes empresas, goza de su gloria sin vanidad, disgustándole la adulacion. Turena se *dirige naturalmente tanto á las grandes como á las pequeñas empresas, segun la relacion que tienen con su designio*. Por tropas que se confien al príncipe, tiene siempre la misma *seguridad* en el combate; parece que inspira sus propias cualidades á todo el ejército. Su valor, su inteligencia, su accion, parece le responden de la de los demás. Con muchas tropas de que Turena desconfía, busca seguridades; con pocas siendo buenas y que merezcan su confianza, *emprende como cosa fácil lo que parece imposible*. Victorioso el príncipe, es el mayor esplendor de la gloria, desgraciado, nunca recae vergüenza sobre él; tal vez perjuicio en los negocios, nunca en su reputacion. La de Turena está más apegada al éxito de los asuntos: sus acciones no tienen nada de particular que las distinga para ser iguales y continuas. Todo lo que dice, todo lo que escribe y todo lo que hace Turena, lleva el sello del secreto para aquellos que no penetran lo suficiente. La naturaleza le ha concedido el gran sentido, la capacidad, el fondo del mérito y le ha negado el fuego del genio, la libertad del talento que forma su brillo y adorno: «será preciso perderle para conocer bien lo que vale, y le costará la vida formarse una justa y cabal reputacion» La virtud del príncipe no tiene menos luz que fuerza, pero es menos constante y tiene menos trabazon que la de Turena. El uno es más propio para concluir gloriosamente las acciones, el otro para *terminar útilmente una guerra* (15).

**Paz de los Pirineos.**—No recibiendo ya la España los galeones de América, y después de la rebelion de Portugal, tuvo que pensar en la paz, que fué negociada por Mazarino y don Luis de Haro, ministros directores de ambos países (1659). Verificáronse las conferencias con la meticulosa etiqueta que desde entonces ocupó tan gran lugar en la diplomacia. Mazarino acudió á ella, en una carroza dorada, tirada por ocho mulas con sesenta caballeros en su comi-

(15) Véase también á RAMSAY, *Hist. del visconde de Turena*. Paris, 1739.

tiva, entre los cuales habia mariscales, duques y arzobispos. La isla de los Faisanes, en el Bidasoa, se dividió en dos por un edificio del cual una mitad se declaró territorio español, y la otra territorio francés. Habíanse construido en ambas mitades aposentos enteramente semejantes; entre estos aposentos habia una sala dividida entre las dos naciones, con dos puertas la una enfrente de la otra, por donde salian los dos ministros para adelantarse hasta la mitad de la habitacion; dos sillones y dos mesas de escribir se encontraban preparadas una al lado de otra, lo cual permitia á los plenipotenciarios discutir, escribir, y hasta hablarse al oido, sin salir de sus respectivos países.

España queria obtener la rehabilitacion del príncipe de Condé, proponiéndose, en caso contrario, darle un principado en las fronteras de los Países-Bajos, por ejemplo, el Cambresis, desde donde pudiera inquietar á Francia y dar asilo á los facciosos. Fué, pues, preciso ceder; y después de haberse presentado el príncipe al rey á pedirle perdón de sus errores y de sus victorias, reparó dignamente sus culpas para con su patria.

Firmóse la paz y el tratado en ciento veinte y cuatro artículos; estipuló además de otras varias y mútuas restituciones, el restablecimiento del duque de Lorena y del príncipe de Monaco. La Francia conservó el Artois con otras desmembraciones de los Países-Bajos, como también el Rosellon, por la parte de los Pirineos; en fin, se dispuso el matrimonio de Luis XIV con Maria Teresa, hija de Felipe IV, que renunció á toda pretension hereditaria á los Estados de su padre.

Esta paz, que asignaba á la Francia una buena frontera y el primer lugar en Europa, consolidó el poder de Mazarino, cuya obra era; así fué que quedó árbitro de los consejos de Luis XIV hasta el momento en que murió (1661) en la edad de 59 años; se le hace cargo de haber reunido más de cien millones vendiendo empleos y beneficios no trataremos de disculparle, ni tampoco el sistema que permitia semejante corrupcion. La condescendencia que habia manifestado en su origen se cambió después en orgullo, y «buscó en el cielo nidos para sus sobrinas;» trató, sin embargo, de separar al rey de la idea de contraer matrimonio con Maria Mancini, que era una de ellas. Segun nuestra opinion, no se puede menos de admirarle como hombre de Estado. Laborioso, incansable, vivo, insinuante, sin ser vengativo, poco amable para con aquellos de quienes no tenia necesidad ni miedo, prometia mucho y concedia poco, á menos que no se tratase de los favores que no cuestan nada. Con frecuencia pequeño en sus medios, era grande en sus miras y la fortuna le secundaba. Administrador hábil, dejó á personas sin talento que recurriesen, para hacer dinero, á los más odiosos recursos y á los menos eficaces; pero gran político, supo tributar homenaje á su predecesor, y en lugar de ceder á la mania demasiado habitual de cambiar de sistema, continuó y completó el de

Richelieu, estableciendo como principio que las relaciones entre los Estados son independientes tanto de la religion como de la forma de gobierno. Tuvo menos talento que Richelieu, pero le empleó mejor; encontró no menos obstáculos que él, pero no se le puede hacer cargo de ninguna crueldad. Los enemigos de Richelieu le odiaban, los de Mazarino se reian de éste: ahora bien, no es un pequeño mérito resistir á la risa de los franceses, haber sabido despreciar las bravatas del coadjutor de Paris y los clamores de la muchedumbre, caminar con medida, apaciguar las turbulencias interiores, concluir las guerras provocadas por su antecesor; y en medio de los ataques de la opinion pública, eclipsarse á tiempo para volver á presentarse después de pasada la borrasca. Creyendo que era el deber de un ministro proteger el mérito, hacia que Menage le indicase los hombres de talento para darles gratificaciones. Asignó á Descartes, que se habia retirado á Holanda, una pension de mil escudos, y llamó de Italia á varios actores, entre otros al célebre Fiorelli y al arlequin Domingo. Introdujo en Francia la ópera (16) y al mismo tiempo la pasion á los dados, en cuyo juego se pasaban las tardes; en lo cual fué imitado por los cortesanos, que abandonaron los ejercicios corporales.

Además de la considerable fortuna que dejó á

(16) El poeta Perrin compuso una pastoral en cinco actos con prólogo, que se representó con grandes aplausos en Issy y en Vincennes. Representáronse después otras en Paris y en la corte; obtuvo en su consecuencia un privilegio para un teatro de esta clase, bajo el nombre de Academia de música (1669). Perrin era un eclesiástico; Lambert, que habia compuesto música, era un organista del capítulo de San Honorato; los cantores eran músicos de la catedral, el maquinista era el marqués de Jourdeac, y Beauchamp, autor de los bailes. Pronto Lulli obtuvo el privilegio de la ópera en Paris y en toda Francia.

sus sobrinas (17), legó al papa sesenta mil libras para la guerra contra los turcos; al rey diez y ocho diamantes llamados mazarinos, sus cuadros, las magníficas tapicerias hechas con arreglo á los dibujos de Rafael; además, el colegio de las Cuatro Naciones, que le denominó así porque le destinaba para los jóvenes de las cuatro provincias reunidas por él á la Francia: la Alsacia, el Artois, el Rosellon y Pignerol, su rica biblioteca y ochocientos mil escudos. El rey á quien habia dejado por escrupulo por heredero universal, renunció á esta espléndida herencia, satisfecho con recoger lo más importante que habia para él en la sucesion del cardenal, la plenitud del poder real.

(17) Entre éstas estaba Hortensia Mazarino, una de las mujeres más famosas en la galanteria cosmopolítica de entonces. Carlos II pidió por dos veces su mano cuando era pretendiente, y luego que llegó á sentarse en el trono volvió á pedirla, pero se opusieron los ministros. El duque de Saboya la pretendió también, pero el cardenal queria que fuese reina de Francia. Aquella mujer, deseada de los reyes, que llevaba en dote 20,000,000, se casó con el mariscal de la Meillerage, santurron y avaro, que la hizo desgraciada é infiel. Al cabo de siete años de disgustos, huyó de su casa vestida de hombre, y pasó á Italia «como una verdadera heroína de novela, con muchas piedras preciosas y ninguna ropa,» con 24,000 francos solamente, que el rey habia mandado á su marido le señalase. Permaneció algun tiempo bajo la proteccion de su antiguo pretendiente, y cuando éste murió pasó á la corte de su adorador Carlos II, en cuya gracia trataron los cortesanos sucediese á la duquesa de Portsmouth. Ya lo habia conseguido cuando se enamoró del príncipe de Monaco, y con la pension de 4,000 libras esterlinas que el rey le señaló, puso casa de placeres, de juego, de tertulia, y se vió rodeada de amantes, entre los cuales se hallaba Saint-Evremond, que supo cortejarla sin hacer reir con sus blancos cabellos. Vivió con el nombre de Milagro de amor hasta cincuenta y cuatro años sin perder su belleza.